

RESEÑA: ANNE CLERVAL (2016) *PARÍS CONTRA EL PUEBLO. LA GENTRIFICACIÓN DE LA CAPITAL*. BOGOTÁ: UNIVERSIDAD DEL EXTERNADO, 403 PP. ISBN: 978-958-772-556-7

Diego Roldán¹

A lo largo de las últimas décadas, tanto desde las perspectivas oficiales como desde las empresariales, se ha interpretado a las transformaciones y, especialmente, a los procesos de renovación urbana como fenómenos que expresan el progreso y el mejoramiento de las ciudades. *París contra el pueblo...* intenta deconstruir ese sentido común. Siguiendo las huellas de la geografía crítica anglosajona, la obra analiza las relaciones sociales que articulan estos procesos urbanos. Procura resituar la complejidad de la gentrificación parisina como una expresión urbana de las relaciones y dinámicas entre las clases sociales. Con un enfoque cuantitativo -estadístico y censal- y una perspectiva cualitativa -trabajo de campo, encuestas y entrevistas semi-estructuradas- Anne Clerval se propone construir datos generales. Para abordar la gentrificación, desarrolla un juego de escalas que trasvase la recurrente dimensión barrial y ponga en juego a la planta urbana parisina, el entorno metropolitano y el mundo global. Asimismo, la relación dialéctica que vincula el espacio social y urbano es leída a través de las consecuencias de la gentrificación: el desplazamiento y la desterritorialización de las clases populares. Uno de los aportes más relevantes de *París contra el pueblo* es la analítica destinada al papel del Estado en el proceso de gentrificación. En París, los poderes y las políticas públicas son alternativamente impulsores y sostenes de esos procesos de gentrificación o de renovación con deportación, como los llamaron los sociólogos de Nanterre a comienzos de los años 1970s.

El corazón de la periodización se enfoca sobre los últimos treinta años protagonizados por la desindustrialización. Sin embargo, la investigación comienza con una reconstrucción de las huellas industriales y las primeras políticas urbanas: la haussmanización. En sus mecanismos financieros, estudiados en detalle por Harvey, se exhibe la temprana relación de los poderes públicos con los capitales privados y la exclusión del pueblo para pensar e intervenir sobre el espacio urbano. El resultado de esa operación fue la París del Segundo Imperio, una ciudad del espectáculo y el capital que sólo puede ser consumida pasivamente de espaldas a los deseos e intereses de las clases

¹ Centro de Estudios Culturales Urbanos (CECUR/CONICET) – Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

populares. A través de trabajos historiográficos recientes, Clerval matiza las conclusiones mejor difundidas sobre la haussmanización y recupera las fisuras del proceso, los desarrollos intersticiales y las incrustaciones. En definitiva, concibe a esa renovación urbana canónica en el marco de una modernización incompleta.

Los capítulos siguientes analizan la desindustrialización urbana de fines del siglo XX. Este proceso es estudiado bajo el principio de disociación funcional entre el trabajo abstracto y el concreto que atañe a la escala global y local. La globalización es presentada como una estrategia política que genera un desarrollo desigual y una acumulación por desposesión en el *continuum* tiempo-espacio. Políticamente, París tiende a la metropolitanización y la descentralización y el capital a la desindustrialización, la empresarialización y la transnacionalización. En ese proceso, el Estado favorece la terciarización, el desarrollo de la capacidad de abstracción del capital y los procesos de reconversión de sus inversiones en el suelo urbano.

Desde los años 1960, con la renovación de Les Halles comenzó una paulatina retirada del Estado de lo social y el incremento de su soporte al capital en materia urbana. Los procesos de destrucción y construcción de vivienda social de los años 1960s. no alcanzaron a elevar la oferta de hábitat obrero. Hacia la década de 1980 fueron declinando lentamente y en los años 1990s., finalmente, fueron casi sustituidos por políticas de patrimonialización y preservación arquitectónica. Durante esa década, el proceso de gentrificación, fundamentado en la *rent gap*, tendió a acelerarse y generalizarse a toda la planta urbana. Aparecen, entonces, estrategias municipales de abandono y desinversión para favorecer las ganancias de la reinversión focalizada de los promotores. La complejidad de estas operaciones resulta incrementada por las políticas de construcción de vivienda social que, aún en su insuficiencia, tienden a matizar los efectos de la gentrificación. Debido a las ambigüedades de las políticas públicas y las regulaciones, París está lejos de asistir a una renovación dualizadora, como la que observaron Castells o Sassen en la Nueva York de los años 1980s.

La gentrificación propone una sustitución del tipo y las cualidades de los pobladores de los antiguos barrios populares. Por regla, las nuevas legiones de habitantes son artistas e intelectuales. Se renacionalizan las construcciones más sólidas y amplias. Allí donde había galpones, depósitos y fábricas aparecen galerías y espacios de producción artística, lo que se ha denominado fábricas efímeras. El viejo mundo industrial se desploma bajo la levedad inmaterial de las industrias culturales. La nueva vida de los antiguos distritos obreros emerge junto a las *amenities* urbanas y

comercios para el ocio. Los artistas aparecen como la vanguardia de esta gentrificación urbana y cultural, pero la geógrafa francesa los retrata como actores involuntarios de la transformación. No ocurre lo mismo con los dueños de las galerías de arte, los bares sofisticados o los promotores inmobiliarios, quienes son sindicados como la parte más dinámica en la conversión radical del espacio. Los aportes de la vanguardia cultural, aún los no intencionales, son indispensables en la gentrificación simbólica que avanza en tres etapas. La primera consiste en atacar la identidad residual de un espacio, creando una imagen negativa del lugar. La segunda se enfoca sobre la estigmatización y posterior desplazamiento del grupo que es capaz de articular esa identidad. Finalmente, la tercera promueve una imagen “superadora” en la que se sustituyen tanto los pobladores como las instituciones e instalaciones materiales que articulaban su identidad y aparecen nuevos espacios y bienes culturales que tienden a desplazarla. Este proceso de colonización cultural es decisivo en el caso parisino, donde la cultura política obrera posee un profundo arraigo.

La gentrificación simbólica establece una compleja correlación entre la vanguardia artística, el consumo cultural y el entorno urbanizado. En los barrios gentrificados, la vida en común es muy intensa. La mayoría de sus habitantes integran trabajo de residencia. Para los gentrificadores, el trabajo constituye su pasión y por lo tanto la división trabajo y vida es porosa. En su mayoría son trabajadores independientes, carecen de un ingreso fijo y trabajan en exceso para asegurarse cierta holgura económica. Se enorgullecen de su libertad como *freelancers* a la que tributan altas dosis de auto-explotación. En esos entornos, la sociabilidad profesional se intensifica junto a la interacción entre la vida familiar y laboral. A partir de esas trazas de sociabilidad, la imagen del barrio cultural, comercialmente activo y renovado en sus construcciones, eleva los precios del suelo y hace más rentables las inversiones de los gentrificadores.

La política municipal y la gentrificación trabajan de modo complementario. Por momentos, esa complementariedad puede aparentar ciertos niveles de contradicción y/o compensación. Al reactivar las políticas de vivienda social, el municipio aparece como una instancia capaz de acolchonar los peores efectos de la gentrificación. No obstante, según Clerval, estos ensayos de compensación son muy relativos. Se destruyen más viviendas sociales que las que se construyen y no se registra un aumento de la oferta de viviendas accesibles a las clases populares. Otro efecto compensatorio de las políticas públicas es la construcción de espacios públicos. El gobierno local afirma estar abocado a convertir a París en una *ciudad para vivir*. Sin embargo, el espacio verde

público genera una convergencia antes con los gentrificadores que con las clases populares. Muchos de esos espacios verdes se establecen en las inmediaciones de los barrios gentrificados y su papel, en tanto factor de mejoramiento ambiental, consiste en valorizar las operaciones inmobiliarias. Una vez acondicionados, los espacios públicos son escenario para eventos del marketing urbano, que pretenden cambiar la imagen del barrio, hacerlo más atractivo a los inversores y allanarle su apropiación residencial y cultural a las clases dominantes.

Con todo, el espacio público también es escenario de disputas. Grupos artísticos vinculados a la contracultura, también, buscan producir sentido y apropiárselo. La contracultura se configura como una vanguardia estética y política que reflexiona sobre los enlaces y articulaciones de la innovación formal y el contenido social, político y público del arte. Separada de estas tendencias, aparece una cultura *cool* o *cooltura*, cuyas búsquedas vanguardistas se circunscriben a cuestiones puramente formales y que rápidamente pueden transformarse en mercancías. El municipio termina inclinándose a favor de esta forma *cooltural* que es más rentable desde el punto de vista de la ciudad como espacio de consumo y espectáculo. En este sentido, el espacio público emerge como el sitio para el consumo, el placer y el espectáculo de masas.

La estrategia de construcción de vivienda social y de renovación de los barrios populares antes habitados por obreros, pero actualmente con una fuerte concentración de población inmigrante, deriva en la promoción de la mezcla social (*Social Mixing*). Este mix se inscribe en los planos sociales y étnicos. Los habitantes antiguos tienden a esgrimir discursos y actitudes racistas frente a los inmigrantes. Las entrevistas prueban los límites de esta convivencia espacial para atenuar las desigualdades. Al no estar acompañada de otras políticas, en ocasiones, incluso puede operar en un sentido inverso y agudizar el desencuentro, los malos entendidos y el conflicto entre los residentes.

La gentrificación es un proceso que profundiza las desigualdades del espacio urbano tanto la construcción de viviendas sociales, la producción de espacio público y la mezcla social son procesos que enmascaran, con dosis variables de igualdad superficial, las dinámicas de apropiación por desposesión. La mezcla social es aceptada, cuando no directamente alabada, en términos ideológicos, tanto por la izquierda como por la derecha. La derecha la ensalza en tanto promueve una integración al control y la civilización de la masa inmigratoria y la izquierda la celebra como inclusión subordinada que supone una asimilación cultural de los inmigrantes. Tanto las políticas de vivienda social, la producción de espacio público y la mezcla social habitacional mantienen las

desigualdades intactas. Mientras tanto celebran la diferencia-conviviente de agentes sociales perfectamente diferenciables entre subalternos y dominantes.

La gentrificación “mejora” a los barrios populares de diferentes formas. Primero renueva la imagen del barrio, rehabilita el hábitat e impulsa la dinámica comercial. Así, se genera un aumento de precios tanto de los inmuebles y los alquileres como de los artículos de consumo cotidiano. Esto en general, moviliza una dinámica de desplazamiento orquestada de modo indirecto por mercado. La peor consecuencia de la gentrificación es la expulsión de las clases subalternas. La desterritorialización puede verificarse por motivos de ordenamiento territorial de modo violento con uso de la fuerza pública y/o por motivos económicos mediante un reemplazo progresivo orquestado por la elevación de los precios. La relocalización de las familias constituye un hecho delicado en el que participan instituciones y mediadores sociales. Este desplazamiento impide a esos hogares populares mantenerse en el lugar, un espacio en y con el que mantienen lazos sociales y culturales. Los procesos de desplazamiento y desposesión son focalizados, registrándose de forma fragmentaria tanto en el espacio como en el tiempo. Esta característica de una renovación económica mediante emprendimientos puntuales y un ordenamiento territorial que avanza a través de focos específicos dificulta la construcción de un movimiento antigentrificación parisino. Las ambigüedades y lo focalizado del proceso, sumadas a la ambivalencia del municipio, han originado resistencias de escala barrial. En general, estas formas de enfrentar la gentrificación han consistido en resistir habitando, tanto sea las viviendas como el espacio público. El carácter fragmentado de la gentrificación complejiza la resistencia, frente a otras ciudades, como las anglosajonas, donde la gentrificación progresa de modo más parejo y al amparo del poder político. De cualquier modo, también en París, la ciudad revanchista se erige contra las minorías, las clases populares, los grupos ambientalistas, los homosexuales e inmigrantes.

Numerosos gobiernos locales enarbolan las consignas del derecho a la ciudad que lanzara por primera vez el filósofo marxista Henri Lefebvre a fines de los 1960s. Pero no le atribuyen el sentido de reapropiación urbana colectiva. El derecho a la ciudad, según Lefebvre, es el derecho a decidir cómo producir la ciudad y qué tipo de ciudad se produce, para qué usos y para qué sociedad. En este sentido, el trabajo de Lefebvre cuestionaba la perdurabilidad del capitalismo, las relaciones de dominación y al Estado como alfa y omega de lo político. En su lugar, proponía el desarrollo de formas autogestivas de producción del espacio. Sin dudas, es preferible un municipio que desarrolle viviendas sociales (aún insuficientes), que promueva la construcción de espacios públicos (aún

para valorizar la obra de los gentrificadores) y que propicie la mezcla social en los barrios (aún sin atacar las desigualdades sociales) a otro de perfil más brutalmente empresarial. No obstante, como lo señala con notable lucidez Anne Clerval, la fuerza capaz de contrarrestar la gentrificación no es la vivienda social, ni el espacio público, ni el *social mixing*. Lo contrario a la gentrificación es el derecho a la ciudad, en aquellos términos de su formulación lefebvriana.